

Retórica del silencio, culpa y transgresión en *Al Filo del Agua*

Por: Gerardo Gutiérrez Cham
Universidad de Guadalajara

En 1947 se publica *Al Filo del Agua*, novela capital, dentro del ámbito literario en México. Durante los primeros años posteriores a su publicación, esta novela pasó un tanto desapercibida para el gran público, a excepción de profesores e intelectuales radicados en México, tal y como afirma el propio Agustín Yáñez en una entrevista concedida a Emmanuel Carballo (1994:320). Al paso de los años, buena parte de la crítica literaria se ha decantado por una visión ideológica de *Al Filo del Agua*, enfatizando el hecho de que soterradamente lo que hay en la novela de Yáñez es una crítica del fanatismo religioso, encubierto por supersticiones, miedos y atavismos anclados también bajo el manto de la tradición y las costumbres populares¹. Tal visión, desde mi punto de vista corre el riesgo de anclarse sólo en ciertos aspectos del mundo anímico,² aunque no es fácil obviar la atmósfera religiosa y clausttral que gravita en toda la novela.

En efecto, basta leer el Acto Preparatorio de *Al filo del Agua* para advertir que pronto ingresaremos a un mundo de prohibiciones explícitas e implícitas que podrían multiplicarse hasta el infinito. Sin embargo, contrariamente a lo que se ha dicho en diversos momentos, lo sexual no es el único centro articulador de prohibiciones entre los habitantes

¹ Véase por ejemplo el apartado de Enrique Anderson Imbert (1980:233), dedicado a Agustín Yáñez, en el tomo II de la *Historia de la literatura hispanoamericana*. Para este autor, quien escribe a siete años de distancia de haberse publicado la novela, incluso a nivel estético *Al Filo del Agua* es una obra fallida: “La novela queda inundada, devastada por el diluvio de nombres que van cayendo desde una fácil historia de la cultura. A pesar de que el tema es la fuerza creadora del arte, Yáñez fracasa aquí como creador. Su novela es más artificiosa que artística.”

² En 1998, el periódico *La Jornada* publicó en su suplemento dominical “La jornada semanal” un artículo del escritor tapatío Juan José Doñán (1998:3), quien precisamente defiende la novela de Yáñez frente a las visiones estrictamente ideológicas y reduccionistas que han querido ver por encima de todo una novela de crítica religiosa. Al respecto Doñán pregunta “¿Pero crítica de quién o de quiénes, cuando en mayor o menor medida las supersticiones y el fanatismo (religioso, político, ideológico...) son cosa de todos los tiempos?”

de ese pueblo imaginario. Toda noción sensualizante o placentera del mundo parece confiscada, controlada, sometida a los criterios eclesiales y tabuizantes del fanatismo y de la tradición.

El propósito de este trabajo es mostrar algunas estrategias discursivas que en la novela de Yáñez generan múltiples mecanismos de prohibición. Digamos que, en términos generales, la morbidez telúrica del mundo claustral de la novela puede verse como un tamiz de fondo sobre el cual se verifica un hecho de gran importancia, ya anunciado por Foucault (1983:119), esto es, que la sexualidad, el erotismo y los placeres mundanos se constituyen a partir de relaciones de poder que pueden ser instituidos como objetos posibles; como blancos, que gracias a un proceso discursivo de diseminación, se hace posible sitiarlos, inmovilizarlos.

En *Al Filo del Agua* se observa precisamente este enorme proceso de acumulación/prohibición de los detalles, respecto a las pasiones y los deseos que cada personaje experimenta como partes fragmentarias de múltiples confesiones. Se trata de una gran “puesta en discurso” que convierte toda pulsión erótica en palabras, aunque la naturaleza misma de esos deseos y sus corolarios enunciativos deban ser inmediatamente neutralizadas. En este sentido es posible decir que a nivel retórico, la novela de Yáñez puede leerse también como un reflejo satirizante de los intentos que la pastoral cristiana ha promovido, a fin de reconducir todo lo tocante al sexo, erotismo y deseos, hacia el juego infinito de la textualidad. Se trata de un proceso complejo, pues la novela toca aspectos psíquicos y anímicos vinculados con los remordimientos, la duda, la culpa y el pecado.

A manera de ejemplo, veamos un fragmento, tomado del capítulo “Aquella Noche”. Tenemos a Don Timoteo, un hombre mayor revolviéndose en la cama, sin poder dormir, debido a un mar de pensamientos que lo asaltan “con creciente desesperación”. Ha vivido

diez años casado con una mujer que ahora está “tullida”. Entonces viene una rauda de deseos reprimidos:

[1] ...eran muchos diez años de martirio; entonces podría casarse con muchacha lozana todavía; el diablo...¡el pensamiento uxoricida!...no, era el diablo, traía las figuras de cien mujeres apetitosas: María, Úrsula, Teresa, Paula, Domitila, Rosa, Epifanía, Trinidad, Ventura, Felícitas, Águeda, Cecilia, Cecilia jovencita y chapeteada, Martina de ojos capulínicos y trenzas brillantes como seda, Remigia, Victoria, Eusebia, Marta, Marta llena de vida, Marta por la que se mataron dos peones de la Estancia, y Lucía, Lucía primorosa, de piel blanca, de ojos azules, y Consolación, y Marina, y Rosario, y Gertrudis, y Margarita...Centelleo de ojos, danza de caderas, río de brazos, cosecha de mejillas. Brama la sangre y crujen las arterias esclerosas, (Yáñez, 1988:20)

Bien, nótese cómo es que de una manera casi obsesiva, a este personaje, ante todo le importa *nombrar*, nombrar mujeres prohibidas y concebirlas puntualmente como objetos deseables. Estamos ante una confesión, que en términos pragmáticos cumple la función de un “macroacto de habla”, en el sentido en que lo concibe van Dijk (1993). Ahora bien, el mismo ejemplo nos permite mostrar otra característica discursiva muy recurrente en *Al Filo del Agua*. Cuando tenemos una puesta en escena de un evento transgresor, inmediatamente aparecen nuevos eventos, que en sentido contrario intentan contrarrestar los efectos negativos derivados del hecho transgresor. De manera que inmediatamente después de haberse imaginado a tantas mujeres “Don Timoteo saltó de la cama y buscó la botella del Agua Bendita; roció el colchón, el cuarto, las sábanas, la almohada, volvió a santiguarse tres veces [...] mañana se confesaría” (Yáñez, 1988:20-21). Habría que destacar también este otro desmesuramiento en los actos paliativos. Una desmesura derivada del miedo trágico y violento

He aquí, tal vez, una de las claves que revelan el grado de exacerbación anímica que fluye a lo largo de toda la novela. Pensamientos, remordimientos y actos de los personajes, aparecen contruidos desde la jaula enorme del *tabú*. Potencialmente en la novela, el mundo puede ser representado como un lugar donde las personas están inmersas en múltiples experiencias inquietantes y estremecedoras al mismo tiempo, ya que frente al

carácter apacible de las formas exteriores de convivencia, se imponen todos estos raptos de violencia interior, consecuencia de un mundo telúrico, muy propenso a provocar estados de gran sensibilidad en torno a la cólera, el miedo y el deseo. La prohibición tiene un gran poder catártico porque produce encontrados sentimientos de pavor. Si el mundo profano está lleno de infinitas tentaciones susceptibles de ser poseídas; el mundo religioso aparece como la gran retícula que tratará esencialmente de ordenar las transgresiones. De ahí que para Georges Bataille (2002) no sea concebible una religión sin una maquinaria de discursos retóricos y visuales que propicie sentimientos de pavor.

Indudablemente estamos ante la presencia de un mecanismo muy complejo, ya que las prohibiciones religiosas activan múltiples incitaciones, y a la inversa, las incitaciones potenciales mueven más la maquinaria de las prohibiciones religiosas. Desde mi punto de vista sería ésta otra de las grandes virtudes de la novela de Yáñez: amplificar exhaustivamente, como en un mural, las múltiples contradicciones que pueden derivarse del conflicto entre deseos reprimidos y ocultas prohibiciones. Enfatizo lo de “ocultas” porque más allá de las reconvenciones del señor cura, todo el pueblo vive inmerso en una malla celadora constituida por miradas, encuentros casuales, sospechas, pensamientos e insinuaciones, cuya función, en muchos casos pasa por la vigilancia y la salvaguarda del orden establecido.

Algo muy peculiar en la novela, es que los móviles de este proceso vigilante y atemorizador, se producen a partir de pequeños sucesos que podríamos llamar “dispositivos”. Un encuentro, una carta, una visita fugaz, un mensaje mal leído, etc. A manera de ejemplo volvamos al apartado 3 del capítulo “Aquella Noche”. Merceditas Toledo, una mujer recién recibida de la Congregación “Hijas de María” de pronto se ve en su recámara, antes de cenar, con una carta amorosa, la cual esconde rápidamente en su

seno. Frente a este suceso, Agustín Yáñez construye una vertiginosa representación de contradicciones casi contrapuntísticas, entre los deseos ocultos de Merceditas hacia Julián y toda esa mecánica de autocensura montada sobre un dispositivo mayor de prohibiciones contextuales.

[2]...El nombre le quemó la cabeza y todo el cuerpo. La carta, en el seno, era como una brasa. Lo echarían de ver. Un sudor se le iba y otro se le venía, y la cena no terminaba nunca. Quiso disimular, contando las ideas que las muchachas tenían para adornar el Monumento del Jueves Santo; la voz le temblaba, toda ella temblaba, como si la estuviera viendo Julián con esas miradas de lumbre, tan extrañas, que no la dejan salir a ninguna parte sin que se le claven como alfileres ardiendo [...] era como si la hubieran sorprendido desnuda, como si la desvistieran a la fuerza; qué asco, que indignación contra el impertinente, qué deseo de acusarlo con el señor cura, con todo el pueblo, para ver si dejaba de mirarla [...] Antes iría al excusado y rompería la carta, en añicos; la maldita carta como lumbre, algunas de cuyas palabras tenía pegadas en el cerebro, punzadoras: “amor” — “tristeza” — “deseo” — “poder hablar” — “comprendernos” — “toda la vida”. Era, sin duda, lenguaje del demonio[...]; ¿Por qué un hombre se atrevía a mirarla y a escribirle? (Yáñez, 1988: 20)

Un aspecto a destacar, es que en todo este pequeño torrente discursivo, poco a poco el flujo de los deseos va haciendo corrosión en muchas prohibiciones asumidas como tales. Hacia la parte final de este capítulo ya encontramos la culminación de esta lucha psíquica, la cual desemboca en una escena de paroxismo, donde se hace patente una estrecha relación entre la pasión erótica y el sentimiento de pérdida, caída, muerte. Eros y tanatos diría Bataille (2002), aunque en muchas representaciones que aparecen en la novela no se cumple a cabalidad ese doble sentido de asociación entre violencia sexual y violencia de la muerte, pues nunca presenciamos encuentros cuerpo a cuerpo, más bien todo transcurre a nivel de múltiples e infinitas relaciones onánicas.

[3] Tiembla la doncella con extraños, indomeñables, recios estremecimientos [...] Fue primero como aquella vez, en las fiestas de Teocaltiche, cuando se dio unos toques eléctricos que eran la mayor curiosidad y sorpresa de la feria; como cosquillas internas y hormigueo de los nervios; [...] Ella sola, por su pecado; era la única que sufría el martirio de no pegar los ojos en toda la noche [...] ¡Haber vivido en un minuto, en el orgasmo de un instante, toda la existencia pecaminosa. (Yáñez, 1988:30-32)

Onanismo, prohibición, exacerbación de culpas. Acaso sean los reductos bajo los cuales fluyen otros discursos múltiples, entrecruzados y sutilmente jerarquizados en torno a

las relaciones de poder con las que cada personaje interactúa. Lo importante para mí es que las alusiones a los placeres mundanos se muestran atravesadas, a cada instante, por dispositivos de observación e interrogación, cuya función última es ejercer coacciones mínimas, las cuales, sumadas todas producen una coacción mayor: *eliminar toda manifestación de placer*. Así, al menor intento, cualquier pequeño deleite, cualquier permisión placentera, aunque sea de remotas resonancias eróticas o sensuales, inmediatamente es redistribuida hacia el filtro de las supresiones. Se trata de un sistema que actúa como un reclusorio psíquico. En cada cuerpo, en cada mente hay un prisionero y vigilante de sí mismo pertrechado en el interior de la conciencia moral. Para Foucault (1976,1981,1985) esta conciencia moral es un aparato sumamente activo, dispuesto a constituirse en una especie de “policía”, muy pendiente de que no se transgreda el orden establecido, que en realidad consiste en las representaciones interiores de la autoridad externa.

Aquí arribamos a un punto clave en el funcionamiento pragmático del discurso en *Al Filo del Agua*. A diferencia de lo que ocurre en el mundo del derecho, en el orden moral-religioso, no son necesarios los mecanismos directos de coacción para conseguir el cumplimiento de las reglas. De modo que incluso el solo hecho de haber pensado en una posible transgresión moral-religiosa, parece suficiente para provocar sentimientos de culpa y remordimiento.³ Una y otra vez, en la novela de Yáñez aparecen sucesos donde antes del

³ En *Vigilar y Castigar*, Michel Foucault (1976), al discurrir acerca de la estructura psíquica de los individuos, observa que en efecto, hay un gran policía dentro de nosotros, que se identifica con el *súper-yo*. Este policía se encarga de vigilar que no transgredamos, que no nos salgamos del orden establecido, pues de lo contrario vendrá la represión y el castigo materializado en forma de culpa. Ésta es la forma cotidiana como interiorizamos y vivimos la moral. Pero, esta forma de coerción nunca es tan simple porque también las personas somos capaces de generar estrategias creativas que nos permiten enfrentarnos a lo establecido e intentar modificarlo. Así, en medio de esta pugna, irrumpen también las posibilidades creativas del *yo* cuestionando y en muchos casos diluyendo la culpa hasta generar una suerte de *transvaloración* de los valores asumidos.

hecho mismo se reprimen las intenciones: "...a doña Lola le gustaría vivir en México, aunque a nadie pueda decirlo, porque se la comerían viva" (Yáñez, 1988:36). He aquí un problema inquietante: hacer de los deseos mundanos un enigma; algo que aparece con obstinación y que sin embargo no se muestra, se esconde, permanece ahogado y confinado exclusivamente al ámbito de lo funcional, y de lo estrictamente apegado a los lineamientos del derecho canónico.

Ahora bien. Esta representación en ningún momento aparece en la novela como un mecanismo simple de aceptación/rechazo, sino como un proceso aleatorio muy complejo, pues en medio de la pugna de poder entre moral instituida y deseos personales, se impone un ciclo destinado siempre a recomenzar. Cada personaje, una y otra vez, transgrede mentalmente cierto orden moral, culpándose por lo que acaba de hacer, pero al mismo tiempo deseando que vuelva a suceder. Así, toda pequeña transgresión se vuelve cada vez más deseable, más permeable. Foucault (1985:63) afirmaba que "Poder y placer no se anulan; no se vuelven el uno contra el otro; se persiguen, se encabalgan y se reactivan"

Finalmente quiero subrayar que la novela también escenifica la gran pugna del ser humano frente al instinto sexual, transformado en un océano de cristalizaciones, sublimaciones, perversiones y condensaciones, las cuales, a su vez, hacen que ese instinto y aún la propia naturaleza sexual, se nos presente bajo la apariencia de un objeto enrarecido, muchas veces irreconocible. Al encubrir los deseos de un modo excesivamente fragmentado, pareciera que bajo un acuerdo tácito, a todos los personajes de la novela se les ha impuesto el deber de "enmascarar" la propia naturaleza del instinto sexual, a tal grado que hacia el exterior, los personajes que habitan en el pueblo, unos a otros tratan de mostrarse como seres asexuados. Pero he aquí la gran paradoja que plantea Yáñez: si al exterior los instintos sexuales no pueden ser manifestados, entonces al interior, es decir, a

nivel de flujo mental, estos instintos emergen de manera patológica con sus múltiples rarezas excepcionales, con sus aberraciones y exasperaciones mórbidas, casi siempre al servicio de eso que Foucault (1985:68) llama “el orden dócil de las disciplinas”, es decir, aquello que está verticalmente ordenado, controlado, reticulado, contenido.

A manera de conclusión

Tomo unos ejemplos entre las páginas 54 y 59 para mostrar la manera en que actúan estos poderes “disciplinarios” sometidos, por lo menos a los siguientes controles:

-Sobre lo que se dice y lo que no se dice:

[5] El silencio más riguroso es la primera exigencia dentro de la Casa, silencio que se rompe a la hora del desayuno. en la cena son ciento veinticuatro ejercitantes que cenan en silencio. sus corazones –alterados todavía-, en silencio irán serenándose. Sus miradas, en silencio, hallarán mutua confianza, fundidas en el común afán de salvación. (Yáñez, 1988: 54)

-Sobre el tiempo: distribución de horarios, delimitación principio y fin de cada actividad.

[6] El lunes, todo el día, meditaron en el pecado; el martes, en la muerte; el miércoles, en el juicio; el jueves, en el infierno; el viernes, en la pasión de Nuestro Señor y en la parábola del hijo pródigo, que fue objeto -ésta- de la última distribución de la noche. Se levantaban a las cinco y media de la mañana; entraban a capilla, para la meditación, a los tres cuartos para las seis, y seguía la misa, entre la cual y el toque de refectorio, a las siete, mediaban escasos quince minutos libres...(Yáñez, 1988:58)

-Sobre los espacios físicos: constitución arquitectónica, distribución de lugares y objetos visuales con los que interactúan los fieles.

[7] Los espacios libres entre capilla y capilla son para repasar a solas los temas de sermones, pláticas y lecturas; para suscitar ideas propias en orden al arrepentimiento y enmienda de la vida pasada, a la consecución de la Gracia y perseverancia. Se puede transitar por los patios y ambulatorios, permanecer en la capilla o en los dormitorios, pero en silencio rigurosísimo, apartados los unos de los otros, bajo pena de expulsión, que muy pocas veces ha habido necesidad de aplicar. A donde quiera volteasen los ojos -en la capilla, en los corredores, en los ambulatorios, en el refectorio, en los dormitorios-, las paredes háyanse cubiertas de imágenes e inscripciones, que fuerzan la vista y el entendimiento a prolongar la meditación. (Yáñez, 1988:58-59)

Podemos decir, entonces, que las instancias de contenido, espacio, tiempo y lugar cumplen diversas funciones, desplegadas hacia el interior de vínculos de poder. Desde ahí se hace

posible la intervención de fuerzas coercitivas que una y otra vez intervienen para juzgar, perdonar, redimir, castigar, reconciliar. Ahora bien, más allá de la conformación exterior y ritualizada, estas instancias de poder son decisivas porque están diseñadas para articular imposiciones sustanciales en ciertas concepciones ideológicas del mundo. Tal cosa ocurre, por ejemplo, sobre la idea del *Dios verdadero*, cuyas representaciones se producen bajo el correlato de lo “terrible”, ya que desde la óptica telúrica de la jerarquía religiosa en el pueblo, este Dios sólo puede ser asimilado a través de múltiples agobios, mediante la aceptación severa e incondicional de culpas, así como a través de muestras paroxísticas de arrepentimiento. Tal es la tónica ideológica que fluye bajo esta novela, que sin duda ha sido de gran importancia para las letras mexicanas.

Bibliografía:

Anderson Imbert, Enrique, *Historia de la literatura hispanoamericana II*, (1954) Ed. Fondo de Cultura Económica, 3ª. reimpresión, D.F., México, 1980.

Bataille, Georges, *El erotismo*, Ed. Tusquets (1979), Tit. orig. *L'Érotisme*, 3a. ed. Barcelona, 2002.

Carballo, Emmanuel, *Protagonistas de la literatura mexicana* (1965), Ed. Porrúa. Col. Sepan Cuantos, 1ª. ed., D.F., México, 1994

Doñán, Juan José, “Medio siglo de Al Filo del Agua”, incluido en el periódico *La jornada (Suplemento dominical La jornada semanal)*, D.F., México, 11 de enero de 1998.

Foucault, Michel, *El Orden del Discurso*, Tusquets ed., 1981

Foucault Michel, *Las palabras y las cosas*(1968), Ed. Siglo XXI,. D.F., México, 1985.

Foucault, Michel *Historia de la sexualidad (Tomo I)* (1977), Ed. Siglo XXI, Tit. orig. *Histoire de sexualité 1, la volonté de sovoir*, trad., Ulises Guñazú, 12ª. ed., D.F., México, 1985.

Foucault, Michel, *Vigilar y castigar (nacimiento de la prisión)*, (1975), Ed. Siglo XXI, tit. orig. *surveiller et punir*, D.F., México, 1976, 314 págs.

van Dijk, Teun. (1980) *Estructuras y funciones del discurso* Ed. Siglo XXI, México D. F., 1993.

Yáñez, Agustín, *Al filo del agua*, (1947), Ed. Porrúa (Col. de Escritores Mexicanos), D.F., México, 1988.